

Visitas

Cristina Feijóo

Argentina

No me canso de repetir lo mucho que me gustan las cocinas. Desde que dejé de vivir en paraderos y me asenté, si tengo que recibir a alguien, le hago pasar a la cocina; más que café me gusta tomar unos mates con mis más cercanos. Lo aprendí de mi madre, que tenía vocación de ama de casa. La cocina es un lugar cálido en invierno y fresco en verano. Un lugar íntimo. Nunca supe usar el living; en el comedor pongo a la gente cuando ya no entra en la cocina.

Durante la larga licencia médica que me dio Karen, Kerstin, o Ingrid, no me acuerdo el nombre de esa psicóloga, que era la única que hablaba castellano, escribía mis cartas sentada a la mesa de la cocina, en las horas en que Selmita estaba en la escuela. El inmenso living de la casa de Norsborg estaba siempre vacío. Escribía mientras tomaba mate. Así retomé contacto epistolar con el flaco Eduardo, que había vuelto a Buenos Aires después de pasar unos años en Chile cuando lo de Allende. Él vivía en Buenos Aires, en la casa de sus abuelos ya muertos, a una cuadra de la casa de sus padres, de donde la policía se lo había llevado años antes. Me contó que su hermana Delia, nuestra responsable siendo jóvenes militantes, vivía en Copenhague después de haber pasado unos años en Colombia, y que él se iba de Argentina porque las cosas se habían puesto pesadas. Su idea era asilarse y juntarse con Delia, a la que hacía años no veía. Fue entonces que me pasó la dirección de la gorda. No lo podía creer por inesperado; no creía que la volvería a ver. Me tembló la mano cuando empecé a escribir aquella primera carta. Esa Navidad viajó a Estocolmo. Pasamos juntas la Nochebuena y luego el Año Nuevo. Estaba igualita. Lo que más recuerdo es su voz, que es lo único que no cambia en la gente. La de ella era grave y baja y se reía con un dejo sarcástico. De las horas que pasamos hablando, esos días, me queda la inmediata sensación de pertenencia: los pensamientos de las dos se deslizaban por los mismos circuitos mentales que cuando éramos pibas. Aunque por esas avenidas se filtraban ahora ideas y lecturas nuevas, que si antes habían sido Fanon, el Che, Mao, Lenin, Perón, Jauretche, eran ahora más Gurdjieff, Ouspenski, Jung, el Kybalión, el I Ching, el mundo visto desde nuestro aleph, el de siempre, en el que encajábamos ideas, lecturas y amores con la misma naturalidad con que asumimos la violencia que nos atravesó siendo chicas. Estábamos conectados por un mismo ombligo mental los tres, la gorda, el flaco, y yo. En los meses siguientes a ese Año Nuevo, con Delia hablábamos seguido por teléfono pero sobre todo nos escribimos cartas interminables que respondíamos a vuelta de correo,

hasta que una de las mías llegó devuelta, cerrada, con un sello: destinatario desconocido. Me quedé mirando mi letra en el sobre cerrado, sin poder encajar el golpe.

Dos meses más tarde al flaco le daban el asilo y salía para Dinamarca. En cuanto pude, unos cuatro o cinco meses después, fui a verlo a Copenhague. Bajé en la estación central; él estaba en la entrada del andén, igual de flaco, alto, rengu, quiscudo y con cara de indio; qué hacés, flaca, dijo y se cargó mi bolso al hombro, cómo andás, le contesté, y él: acá, en el culo del mundo. Andaba en un escarabajo amarillo limón destartado, lleno de óxido y sin guardabarros. En Dinamarca era un auto de descarte, fuera de circulación, que el flaco consiguió en la prensadora de coches y arregló, él mismo, con alambres, clavijas y cables en el taller mecánico donde trabajaba en negro como operario. Las ventanillas del auto castañeteaban con el viento; no sé por qué le pregunté si andaba bien de luces, tal vez me había contagiado la corrección de los suecos. No te preocupes, dijo, igual tengo que andar esquivando a la cana por los papeles, y acto seguido encendió un canuto. ¿Y el registro? Pregunté. Me miró de costado y pegó una pitada; ya veo, me resigné; tomá, flaca, dijo y me pasó el porro. En la oscuridad de la cabina brillaba la lumbre, yo dudé; es una yerba posta que me consigue un brasileño, dijo, agarrá, flaca y yo agarré y pegué una pitada porque me lo ofrecía el flaco, aunque nunca antes había fumado. Es más, había estado muy en contra como militante, pero ahí estábamos solos el flaco y yo, sin hablar de la muerte de la gorda. Yo no atinaba a preguntarle. El frío que hacía en ese auto, madre mía; me dejé puesto el gorro con orejeras, los guantes y la bufanda. El flaco emponchado también, dimos vueltas pitando hachís, a mí se me iba poniendo todo rarísimo, el tiempo era un chicle y en cierto modo mejor porque la parquedad del flaco hacía que de sus pocas palabras se me dispararan diversos significados. Cuando me contó cómo había sido, lo que me quedó en la memoria fue que la gorda había muerto de un derrame cerebral y le dije al flaco, para empezar a hablar de ella, que cuando estuvo en casa fumaba en cadena y tomaba café como si fuera agua. No contestó nada; por ese silencio me di cuenta que algo en lo que dije lo lastimaba, tal vez se le hacía insufrible que yo la hubiera visto y él no; no le interesaba que le contara, se aferraba a sus propios recuerdos. El flaco era de pocas palabras, todavía menos que la gorda. Hubo una fogata en un lugar abierto, dijo, o eso me imaginé porque no debe haber sido así, debió ser un lugar cerrado, específico, donde le prendieron fuego a todo, a la ropa de la gorda, a sus libros, sus cuadernos, sus dibujos, sus cartas, su tabaco, todo. No tenía familia, dijeron, era casi una NN; por lo menos no la mandaron a una fosa común gracias al cura español a cargo de las almas de los latinos que intercedió para ponerla en el cementerio católico. El auto surcaba rápido la oscuridad, con los chijetes de viento entrándonos por los gorros y los guantes. Por suerte en Copenhague no había badenes. Qué ironía, la gorda terminar en un cementerio católico. No sé cómo pero de pronto iba el flaco puteando contra el dueño del taller, ese danés hijo de una gran puta que me paga chaucha y palitos, tan hijo de puta el danés que un día casi lo rompo a trompadas, así grandote como es; no entendí por qué se había enojado tanto con su patrón, tal vez ni siquiera lo dijo, qué importaba después de todo, motivos tendría el flaco para agarrarlo a trompadas. Y qué hace el ortiva: va y llama a la cana, dijo el flaco, no saben vivir sin que la cana les cuide el culo estos capitalistas concha `e su madre, explotadores, y a quién se llevan, al cabecita, me llevan, me cosen la ceja, me hacen firmar no sé qué pistolas para que vaya a una psicóloga y me largan. Es una piba chilena la psicóloga, buena onda;

terminamos medio enganchados y me tiene sin laburar, con parte médico; tan enojado el flaco, díscolo, no con el danés ni con la sociedad hija de puta de los daneses: enojado con la vida y con la gorda, que no lo esperó. Pasamos unos días mambeados los dos; no había otra, tan hecho pelota el flaco en esos días oscuros. El clima no ayudaba: nevaba un aguanieve frío casi todo el tiempo.

Un día lo caminamos entero, con lo poco que me gusta caminar; íbamos rumbeando para el cementerio. No llegábamos nunca, él, con su renguera; yo, aniquilada del dolor de espalda. Cuando llegamos al centro, al flaco se le puso que quería entrar en un sex-shop por el que pasamos. Se metió en el negocio como pancho por su casa y yo detrás de él. La mujer que atendía, una señora mayor vestida con recato, muy profesional, nos mostraba impávida los consoladores como si fueran soquetes, con sus colores, rosa, negro, amarillo, más grandes, medianos, con agua, sin agua, las revistas de qué tipo señor, con animales, aquí, en grupo, aquí, y el flaco con un interés poco personal, en eso tan desapegado como la señora; seguro que lo heredó del padre, de eso me di cuenta ahí, en ese momento. Sabía que el padre del flaco era un viejo verde porque de viudo le había arrastrado el ala a mi mamá; qué fuerte la herencia, pobre flaco. Salimos de allí sin nada, el flaco sólo querría husmear o no sé, tal vez sentirse cerca de su viejo. Al final encaramos unas calles menos y menos pobladas, nos alejamos más y más del centro, bordeamos un ligustro largo y parejo que debía ser, y era, el cementerio católico. Otra vez oscuro, podría decirse de noche, pero no era de noche, era oscuro nomás por los días cortos del invierno nórdico, y frente a la entrada, cruzando la calle, un negocito de velas y flores donde compré unas velas para la gorda –nunca me gustaron las flores y a ella tampoco-. Precioso el portón del lugar; adentro, un cementerio pacífico y prolijo, arbolado, muchas lucecitas en las tumbas, el flaco se guiaba bien, yo me hubiera perdido a la primera vuelta que dimos y hubiera tenido que dormir allí; casi me agarro del faldón de su campera de puro miedo de no salir y terminar mis días congelada en un camposanto. El flaco seguía, como un soldado de la primera guerra mundial avanzando en la trinchera, sin hablar ni darse vuelta; lo recuerdo con una pala, la habría tomado de por ahí, cuestión que en un momento dijo aquí es: una parcela con la tierra revuelta, no estaba hecha la pared de la tumba todavía; está todo encargado, dijo el flaco, la lápida y la tumba, por ahora había una cruz de madera rústica con el nombre de la gorda, el flaco zapó un poco la tierra mojada, removió la nieve, apiló, se apoyó en la pala; se dio vuelta y señaló para atrás: ésa es la cárcel, dijo. Era un único edificio, y se alzaba detrás del lote donde estábamos: una mole oscura, cuadrada, enmarcada en el cielo violeta, con sus pequeñas ventanas iluminadas.

El día que volví a Suecia, en el tren que atravesaba la tarde plomiza, mirando pasar por la ventanilla los campos nevados, los bosques compactos a los lejos, pensaba que, cuando ya no me lo esperaba, cuando hacía años que había dejado de pensar en ella, me había reencontrado con la gorda Delia. Era un regalo del destino, debía estar agradecida y sin duda algún día lo estaría; no ese día, no en ese momento; algún día.